



ITURBIDE.

Discurso leído por el Sr. Lic. D. Alejandro Villaseñor en la velada celebrada en honor del Libertador de México, el día 3 de Octubre de este año.

Señores:

PARA dirigir la palabra á un auditorio tan selecto como es el que me honra con su atención en esta noche, se necesitaba una persona que poseyese las dotes de que carezco; para honrar la memoria del héroe en cuyo loor nos reunimos hoy, era preciso que ocupase este lugar quien con su talento y elocuencia borrara por un momento las fronteras del pasado y nos hiciese testigos de la epopeya realizada en pocos meses por el Libertador, pintándonos con el colorido de la verdad, y uno á uno, los sucesos que preparados hábilmente por el genio de Iguala, tuvieron como feliz epílogo un pueblo libre y un hermoso pabellon que simboliza nuestras más caras afecciones y al que está reservado un gran porvenir si todos los que tuvimos la dicha de nacer en este suelo seguimos la senda trazada por D. Agustín de Iturbide y unimos nuestros esfuerzos para hacer feliz á la patria.

Mas ya que no es así, la benevolencia de los que me escuchan suplirá esas deficiencias y no verá más que mi buena voluntad para contribuir en algo, muy poco por cierto, á la solemnidad de esta noche.

La gran figura del Libertador, Señores, se destaca grande, inmensa, en el cielo de nuestra patria, sin rival posible y sin competidor afortunado. Pasemos ligeramente la mirada por los hombres más ó menos notables nacidos en la tierra mexicana y veremos cómo no hay uno que con él se pueda poner en parangon. Remontémonos á las lejanas épocas y evoquemos nombres que más parecen mitos: Tenoch que echó los cimientos de la monarquía azteca, acaso es un sér fabuloso de cuyas hazañas casi no tenemos noticia; Itzcoatl y Moctezuma el primero, fueron reyes que consolidaron y engrandecieron un poder que encontraron ya establecido; Netzahualcoyotl es un monarca idealizado; Cuauhtemoc, la más bella personificación del pueblo mexicana guerreo y supo caer dignamente con su pueblo.

Y si nos referimos á épocas más modernas y llegamos al período en que formada la nacionalidad mexicana trabajó por su emancipacion, citaremos nombres de los caudillos principales; mencionaremos á Hidalgo que se lanzó á la contienda armada y murió con entereza; á Morelos, el valiente Morelos, ese rayo de la guerra que hizo temblar al poder español y que paseó sus armas victoriosas por una considerable porcion de territorio; pero al que la vida le alcanzó para ver su obra destruida; por último, á Guerrero, rudo y constante, que sólo supo ser desinteresado patriota.

Iturbide fué algo más que todos ellos: fué el verdadero y único grande hombre que ha producido México: como Tenoch, fundó una nacionalidad; como Cuauhtemoc supo caer con nobleza cubriendo de ignominia á sus verdugos; superior á Hidalgo, supo encauzar la guerra á su verdadero objeto sin inútiles represalias; al igual de Morelos se hizo ilustre por notables victorias y por brillantes combinaciones militares; y en fin, ganó en generosidad á Guerrero, pues si éste con gusto se subalternó á un extraño, Iturbide renunció á un trono por no encender la guerra civil en un país por cuya felicidad hizo cuanto estuvo en su mano.

La independencia de México, Señores, que hacía diez años se disputaba en los campos de batalla, había tenido muchos campeones, muchos mártires y muchos héroes; pero le faltaba un génio. Por eso fué que no obstante el asombroso éxito de los primeros caudillos despues de la accion de las Cruces, no se encontraron con los tamaños suficientes para terminar la contienda con la ocupacion de la Capital y se vieron dispersados en la escaramuza de Aculco; por eso, á pesar de las brillantes campañas de Morelos en la tierra caliente se vió batido en Valladolid por unos cuantos soldados de Iturbide; no obstante la estupenda expedicion de Mina, este caudillo se vió víctima de una sorpresa.

Mas Iturbide, hombre superior á ellos, y que como buen mexicano deseaba la libertad de su patria, no se dejó engañar por halagadores ofrecimientos que desde el principio de la lucha se le hicieron, y esperó pacientemente á que sonara la hora en que debía tremolar el pabellon de las garantías en todas las ciudades del país. Para que esa época llegara fué antes preciso que transcurriera un largo período de trastornos y ruinas, durante el que Iturbide, "que no podía ser apático espectador de los males que afligían á la sociedad"

como él mismo lo dice, prestó importantes servicios á la causa española, servicios que se le reprochan sin cesar y son el pretexto de que se ha valido un partido para negar al héroe de Iguala toda la gloria que le pertenece y para pretender, en vano, que su nombre sea olvidado por los mexicanos.

A Iturbide es al único á quien se le ha hecho el cargo de haber servido á la causa española durante la guerra de insurreccion, sin quererse acordar de que de los Gobernantes de México, diez y siete ó acaso más, hubo que sirvieron la misma causa, ya sea en los puestos de la magistratura, ya en la milicia, combatiendo en las filas realistas á los primeros insurgentes y á sus sucesores hasta muy cerca del día en que definitivamente quedó emancipado México. Pero á ninguno de ellos se le ha hecho ese mismo cargo, no obstante que hubo alguno que sufrió muchas vicisitudes y que tuvo innumerables enemigos; que tan pronto era aclamado por héroe por las multitudes, como peligraba su vida ó se veía obligado á tomar el camino del destierro. Pero la razon de esta animosidad es obvia: la envidia es la mas rastrera de las pasiones y el Libertador de México es una figura demasiado elevada y grande para que no tuviera y tenga demasiados envidiosos.

Iturbide supo, y es esta una de las más claras pruebas de su génio superior, supo escoger el momento más oportuno para realizar la Independencia, idea que hacía tiempo le preocupaba. Desde ese momento marchó recto á su objeto, sin que nada le detuviese; sin vacilacion alguna, y haciendo que los mismos obstáculos se tornasen en circunstancias favorables para su empresa.

Así fué como apenas llegado á Iguala, con su exquisito tacto supo atraerse al racio Guerrero y en seguida emprendió su marcha al interior del país, marcha que se convirtió en triunfal por el entusiasmo con que los pueblos todos acogieron el plan de Iguala y al caudillo que lo proclamó. Todos deseaban, es cierto, la Independencia, todos suspiraban por ella; pero, no obstante, si cualquiera otro que no fuera Iturbide la hubiera proclamado, habría fracasado en la empresa, pues ninguno de los militares y hombres públicos de entónces contaba con el prestigio, las dotes y el ascendiente que el Libertador tenía.

En ese plan de Iguala, Señores, obra admirable en que tan bien comprendidos estaban los intereses de México; en ese camino triunfal durante el cual Iturbide dictó tan

acertadas disposiciones; en esos tratados de Córdoba en los que preparó la ocupación de la Capital sin derramamiento de sangre y que si hubieran sido ratificados por España nos habrían ahorrado innumerables y desastrosas revoluciones, es donde debe estudiarse y conocerse al genio de México. Esos documentos y disposiciones nos están revelando su tacto político, su carácter organizador, su genio diplomático y su espíritu militar: ni una queja, ni un disgusto hubo contra Iturbide durante el tiempo que precedió á la ocupación de la Capital, no obstante los múltiples intereses puestos en juego y las diversas tendencias de todos los hombres que tomaron parte en tan gloriosa revolución. Y lo que es más humanitario y consolador: durante ella no se vieron esas hecatombes horrorosas, esas represalias sangrientas que ántes conmovieron tan hondamente á la sociedad. El país estaba conmovido, sí, pero de entusiasmo al eco sonoro del clarín de Iguala que resonó de uno á otro confin, anunciando la llegada de la hora de la tan soñada y ambicionada Independencia.

Y amaneció al fin ese día tan grande y tan glorioso para la patria y sin igual en los anales de nuestra historia: ese hermoso 27 de Septiembre de 1821 en que el florido ejército trigarante desfiló por las calles de México en medio del júbilo y regocijo de todo un pueblo que celebraba el más fausto de los acontecimientos que pueden conmover á una Nación.

Iturbide había llevado á cabo la magna obra en un corto espacio de tiempo y tuvo la legítima satisfacción de anunciar que la patria estaba libre como lo prometió en Iguala; pero su misión habría concluido: en la proclama que ese día dió, dejó escrito su testamento político: "Ya sabéis el modo de ser libres: á vosotros toca el ser felices."

Expresaba con esa frase el ardiente deseo de su alma, sin poder saber que ese deseo hasta hoy ha sido irrealizable; no podía esperar que la Nación que por él se adormeció libre la noche del 27 de Septiembre, amanecería al día siguiente llena de ingratos para con su libertador; ignoraba que las flores de que había encontrado regado su camino durante su feliz campaña, se tornarían en agudas espinas al hollar las mullidas alfombras del Palacio Nacional. Desde ese día la envidia y la ingratitud se unieron con lazos indisolubles para opacar la gloria y minar el poder del Libertador: en vano era el ídolo del pueblo que lo aclamaba y que ántes que el Congreso, puso una corona sobre sus sienes; en vano el ejército le era adicto y hubiera combatido por él hasta caer el último soldado; los enemigos del genio tenían de su parte la astucia, la malevolencia y la maldad y pusieron en juego tan innobles armas: hundieron un trono que la gratitud nacional había elevado y pusieron fuera de la ley y levantaron el cadalso de Padilla para el que los había sacado de la nada.

"Nunca la patria de tan negra infamia
La antora fué: lo fueron las facciones
Arrastradas de miserables pasiones
Al ciego frenesí.

ha dicho el poeta.

Como si no hubiera bastado todo eso, el bando enemigo, borró el 27 de Septiembre de la lista de las festividades nacionales, y si en sus manos hubiera estado, hasta borraría el glorioso nombre de Iturbide de las páginas de la historia patria; mas á pesar de tal encono, la verdad y el mérito se abren paso entre esos mismos partidarios, y uno de ellos, haciendo una comparación entre Napoleón, Washington, Bolívar é Iturbide, asegura que éste fué superior á los tres anteriores el 23 de Mayo de 1823 al abdicar en Tacubaya la corona que tan fácilmente podía conservar. "Bolívar, dice el Señor Lafragua, usurpó el mando y no supo dejarlo; Napoleón abdicó dos veces por fuerza, porque toda la Europa se había conjurado contra él; Washington no se halló en este caso, y así no puede asegurarse lo que

habría hecho. Iturbide, pues, aparece solo, dando este noble ejemplo de heroicidad, despojándose del poder supremo voluntariamente por un acto de puro patriotismo en su verdadero valor. ¡Gloriémonos de que haya nacido en nuestra patria!"

Otro escritor liberal nada sospechoso, D. Juan de Dios Arias en la obra "México á través de los Siglos," rechaza con vehemencia el cargo de traidor que el Congreso lanzó á Iturbide, vindica á este, le llama "gran personaje" y hablando de la coronación, dice que fué el lisonjero y justo premio dado al libertador de la patria. Por último, añade: "El hecho de haber consumado la independencia es indestructible, y el nombre del que la realizó bajo los más felices auspicios, no merece quedar en la historia como el de un criminal, sino como el de una persona ilustre que hizo bien á su patria y á quien sus conciudadanos deben un recuerdo constante de justa gratitud." Estos ejemplos de imparcialidad y buena fé, aunque por desgracia raros, demuestran que el genio siempre se impone no obstante la fuerza de las pasiones.

Jamás deberían olvidar esas palabras, escritas por un correligionario suyo, los que denigran al genio; y siguiendo el ejemplo de esos historiadores deberían procurar olvidar los defectos del hombre para acordarse únicamente de las virtudes del patriota. Pero ansiosos de opacar una gloria legítima y anhelando borrar de la historia un nombre ilustre, sólo han sabido acumular cargos sin querer encontrar una atenuante; reniegan de un hombre grande para glorificar tantas y tantas medianías y nulidades como abundan en los anales de nuestra existencia como nación independiente y se extasían con el 16 de Septiembre en que, según ellos, lució la aurora de la libertad, sin querer confesar que el 27 es más bello porque en él lució con todo su esplendor el Sol de la Independencia.

Dejemos, Señores, que perserveren en su error ya que á sabiendas no quieren salir de él; dejémosles que levanten altares á falsos ídolos; no los abrumemos con nuestra ironía preguntándoles á quién deben ese hermoso pabellón que nos cubre á todos los hijos de México y que tan simbólico es; la gloria de Iturbide no necesita de sus heraldos para perpetuarse á través de las centurias; al contrario, mientras más sea discutida y negada hoy, brillará más cuando las pasiones de partido se extingan y cuando las nuevas generaciones lleguen á comprender los inmensos beneficios de que somos deudores al Libertador.

Y cuando ya no quede un mexicano en estado de empuñar las armas, cuando ya no exista el menor vestigio de la nación que su genio elevó á la categoría de libre, será sólo cuando los hombres olvidarán el nombre de Iturbide.

Mas para que esto no suceda es deber imprescindible nuestro seguir la senda que él nos trazara al darnos la bandera de los tres colores: conservemos y contribuyamos á afirmar la religión de nuestros padres; esa religión que es nuestro más valioso patrimonio y que se nos quiere arrebatar para aniquilar más fácilmente nuestra nacionalidad: unámonos estrechamente todos los mexicanos para tener la fortaleza suficiente con que evitar las asechanzas que de continuo nos tiende el buitre del Norte, ansioso de matizar con nuevas estrellas y á costa nuestra, su listado pabellón; por último, defendamos nuestra independencia hasta derramar la última gota de sangre: entónces seremos dignos hijos del héroe de Padilla.

Dije.

ESTROFAS.

Me miras... y en tus ojos me parece
Que algo de sol la claridad me envía;
Que Dios baja hasta mí, que ya amanece
En la noche fatal del alma mía;
Hablas, vibra tu acento,

Y de tu dulce voz entre el murmullo,
Hasta quisiera detener mi aliento,
Porque me estorba al recoger el tuyo.
Oigo tus pasos, y mi vista absorta
Envidia lo invisible del vacío;
La onda de viento que tu traje corta,
Se mueve al par del pensamiento mío.
Dime qué ves en mis calladas penas,
En esta sed que vence tus enojos,
Que se filtra en la sangre de mis venas
Y que me vende cuando está en mis ojos.

No pienses ¡ay! que el corazón no arde
Si mi cabeza ves huérfana y cana;
¿No tiene las tristezas de la tarde
Más dulzuras que el sol de la mañana?
Sé de mis noches compasiva estrella,
No reniegues de mí, ni del destino;
¿Tienes la culpa tú de ser tan bella,
Ni yo la de encontrarte en mi camino?
¿Yo voy á tí como á su nido amante
El ave triste de volar cansada;
Como á la fuente el viejo caminante
Sediento en la mitad de su jornada!
¿Yo voy á tí con lánguido desmayo
Coma el soplo de Dios baja á mí mismo,
Y á las extrañas de la tierra el rayo,
Y la cascada al ignorado abismo!
¿Me anuncias tanto la perdida calma,
Vas tan unida á la existencia mía,
Que en el inmenso fondo de mi alma
Si no existieras tú... te inventaría!!

Antonio Grilo.

LA EDICION PRINCIPE.

HABIA en cierta ocasión en París dos bibliómanos que se odiaban de muerte. Llamábase el uno Hovius y el otro Juan Macrin.

El primero contaba sesenta años, y el segundo era joven y elegante.

Tenía Macrin treinta y dos años, treinta y dos dientes y treinta y dos mil libras de renta.

Un día se encontraron los dos rivales ante un puesto de libros viejos y reprimiendo hasta cierto punto su enojo, se saludaron y hasta se dirigieron la palabra.

—¿Cómo sigue usted?

—Tal cual.

—Y á propósito, señor Hovius. He descubierto una obra sobre Dinamarca impresa en 1535.

—¿Y dónde?

—En una tienda de comestibles.

—Es usted un hombre muy afortunado, señor Macrin.

—No lo niego.

—Pero, francamente, el hallazgo no es de gran importancia. Yo sí que he dado con un ejemplar maravilloso. Tengo en mi poder la balada de Eustaquio Deschamps: ¿Cuándo volverá nuestro rey á París? que data de 1389.

—¿De 1389!

—Sí, señor, la balada auténtica.

—¿Eso es cuestión de suerte!

—No señor; es cuestión de inteligencia, amigo mío.

Después de esto, los dos bibliómanos se separan más enemigos que ántes.

Al cabo de un mes, Hovius y Macrin se encontraron nuevamente.

—¿Ha descubierto usted alguna rareza?—preguntó Hovius á su adversario.

—¡Ya lo creo, muchas!—contestó Macrin, que nada de particular había encontrado en realidad.

—¿Y qué prodigios son esos?

—Los comentarios de César, edición de Tribulcio; los Fastos de Ovidio y la edición príncipe de *El Arbol de las Batallas*, en 4º, Maguncia, en 1398.

—¿*El Arbol*, de Honorato Bonnet?—dijo Hovius.

—El mismo.

Hovius lanzó un carcajada, que sorprendió á su rival.

—¿De qué se ríe usted?
—No es posible que tenga usted la edición príncipe de *El Arbol de las Batallas*.
—¿Por qué?
—Porque tengo yo en mi poder el único ejemplar existente.

Macrin no podía articular una palabra y Hovius no cesaba de reír. Y así permanecieron largo rato los dos, uno como la ruidosa encarnación de la alegría, y el otro como la sombría estatua de la tristeza.

Los transeuntes contemplaban sorprendidos aquel extraño dúo al aire libre.

—No tengo más remedio que ser á toda costa dueño de este libro—dijo para sí Macrin, al llegar á su casa.—¿Dónde diablos habrá encontrado Hovius esa maravilla?

La posesión de *El Arbol de las Batallas* llegó á ser la idea fija del bibliómano Macrin. No podía vivir sin aquel libro, que constituía su alma y su vida. Allí donde estaba *El Arbol de las Batallas*, allí estaba el corazón de Macrin.

Un día fué éste á visitar á su encarnizado adversario á fin de que le permitiera admirar siquiera el libro.

Después de haberlo contemplado á través de los cristales de la biblioteca del triunfante Hovius, Macrin regresó á su casa más enamorado que nunca del ejemplar.

Juan Macrin sufría un tormento indescriptible desde que había visto la edición príncipe de *El Arbol de las Batallas* en manos del infernal Hovius.

Macrin pensó hasta en el robo para apoderarse del ejemplar; pero no se resolvió á dar tan arriesgado paso.

En medio de su horrible desesperación, supo al fin que á consecuencia de rápida enfermedad, había dejado de existir su terrible adversario.

Al conocer la noticia se estremeció de gozo Macrin y pensó en *El Arbol de las Batallas*, suponiendo que la viuda del bibliómano vendería inmediatamente la biblioteca de su marido y podría entonces adquirir la propiedad del libro de Honorato Bonnet.

Con efecto; se puso en venta la biblioteca al cabo de algunas semanas. Pero el infortunado Macrin leyó el catálogo y vió con angustia que no estaba comprendido en él, *El Arbol de las Batallas*.

Inmediatamente corrió á casa de la viuda de Hovius, la cual le dijo en tono solemne:

—Mi marido me hizo jurar en su lecho de muerte que no me desprendería jamás de ese libro famoso.

Macrin adelgazaba de día en día y su tristeza era cada vez mayor.

La viuda de Hovius le dijo al fin:

—Hay un medio de arreglarlo todo.

—¿Hable usted, por piedad, señora!

—El único medio es casarse conmigo.

—¿Casarme con usted?

—Sí, señor. He jurado que ese libro sólo podría pertenecer á mi marido, y siéndolo usted...

—Pues bien, acepto, acepto—exclamó Macrin lleno de entusiasmo.—Casémonos cuanto antes.

A los pocos días se celebró la boda de Macrin con la viuda de Hovius.

Después de la ceremonia, dijo el bibliómano á su esposa:

—¿Dónde está el libro?

—No hay que impacientarse, amigo mío, no hay que impacientarse.

Al cabo de algunos instantes, la exviuda sacó de un cajón una llave, abrió un cofrecillo y entregó á Macrin el ejemplar de *El Arbol de las Batallas*.

—¿Ya está en mi poder! ¿Ya es mío!

—1398! ¿Soy el más feliz de los hombres!

Macrin se puso á hojear *El Arbol de las Batallas*, y reía de gozo en el apogeo de la felicidad.

De pronto dió un grito terrible, se levantó lleno de espanto, se acercó á la luz del quinqué que iluminaba la estancia y leyó fabrilmente el título del libro,

Sus manos temblaban y latía con violencia su corazón.

De su oprimida garganta surgió una especie de rugido de dolor y el infeliz cayó al suelo sin sentido.

Y mientras la pobre anciana estrechaba contra su corazón á su marido y trataba de reanimarle con sus sexagenarias, caricias Juan Macrin murmuraba casi sin aliento: "Edición *fac simile* de la edición príncipe de 1398, publicada por J. P. ¡Me han robado! Hovius, tu venganza es completa."

—Pero te quedo yo, ángel mío—le contestó lo exviuda.

El bibliómano la miró con resignación y no volvió á hablar más del asunto.

Juan Macrin tiene en la actualidad cuarenta años y su mujer setenta.

¡No es posible pagar más cara la posesión de un miserable *fac simile*!

JULIO CLARETIE.

ATALIA.

TRAGEDIA BIBLICA EN CINCO ACTOS, ESCRITA EN VERSO FRANCÉS POR J. RACINE.
TRADUCIDA AL CASTELLANO, POR FIDELIOR, PARA "EL TIEMPO."

[CONTINUA.]

ABNER.

¡Ah! ¿Qué podré en el abatido pueblo?
Sin fuerza Benjamin, Judá se encuentra
Sin virtud, y el valor está apagado,
De los gloriosos días, desde murieron
Sus reyes y se extingue su prosapia.
"Y Dios mismo—nos dicen,—que defiende
El honor de Israel, nos abandona:
Su pasada grandeza, indiferente
Ve, y la piedad de su bondosa mano
Cansada está, ni el Orbe queda absorto
Con los grandes prodigios de su Diestra.
Todo acabó, y el arca enmudecida
Reserva en el silencio sus oráculos."

JOAD.

¡Oh ceguera! ¿Qué tiempo nunca viese
Mas fértil en milagros que el presente?
¿Ni cuando Dios mostró su Omnipotencia
Con más prodigios? ¿Tantas maravillas
Que oyés ¡oh pueblo ingrato! latir no hacen
Tu corazón? ¡Mas qué! Será preciso
Abner, será preciso, recordáros las
En su brillante serie, cual famosas,
En nuestros días cumplidas? ¿Los tiranos
De Israel en sus célebres desgracias
Y realizando Dios sus anatemas?
¿Del impío Acab la muerte y con su sangre
La heredad que usurpó toda rojiza?
¿La inmolación, no lejos de esta tierra
Fatal de Jezabel, que hecha pedazos
Por los caballos es; canes hambrientos
En los odiosos miembros de su cuerpo
Sacian su rabia y beben la inhumana
Sangre? ¿La turba mentirosa
De los falsos profetas confundida?
¿Celeste llama que al altar desciende?
¿Elías que habla, imperando en la natura
Y manda al cielo vuélvase de bronce,
Y la tierra, á su imperio, se contempla,
Por tres años sin lluvia y sin rocío?
¿A la voz de Eliseo dejan los muertos
Las tumbas! En prodigios tan brillantes
Al Dios, Abner, que en las edades todas
Fuerza es reconocéis, cuando lo quiere
Hace esplender su inmarcesible gloria
Y no se olvida de su pueblo nunca.

ABNER.

¿Mas dó están á David tantos honores
Prometidos, y aún fueron predichos
A Salomon su hijo? ¡Ay! Esperamos
De su feliz progenie numerosa,
Raza de ilustres reyes, y uno de ellos
Sobre toda nación y toda tribu
Su bien seguro imperio dilatando
Haría cesar la guerra y la discordia,
Dominando á los reyes poderosos.

JOAD.

¿Del cielo no confiais en las promesas?

ABNER.

¿En dónde está ese rey de David hijo?
¿Arbol que seco está hasta sus raíces
Reverdecer el cielo hará lozano?
Atalia morir hace aun en su cuna
Al vástago real, niño inocente:
¿Cómo podrán salir de sus sepuleros
Los muertos, tras cinco años? ¡Ah! Si acaso

Ella en su ira fatal se equivocara
Y de la sangre real alguna gota
De nuestros reyes escapada fuera...

JOAD.

¿Y bien, qué hariais?

ABNER.

¿En día tan venturoso
Para mí, con patriótico entusiasmo,
A mi rey le rindiera vasallaje!
¿Dudais que nuestras tribus á sus plantas
Corrieran presurosas?... Mas en vano
Me halagan tan dichosos pensamientos;
Solo Ocazias quedaba con seis hijos
—¡La triste herencia de triunfantes reyes!
—Por los dardos de Jehú yo ví muriendo
Al padre, y por la madre degollados
Sus hijos contemplaron nuestros ojos.

JOAD.

No es tiempo aún de hablar, mas cuando llegue
Del día el astro hacia el tercio de su curso;
Cuando la hora tercera á las plegarias
Convoque: con el celo que os inflama
A este templo volved; Dios bondadoso,
Podrá mostrarnos en favores grandes
Cuál su palabra permanece y cómo
El no engaña jamás. Id, necesito
Disponerme al gran día. Ya blanquea el alba
Del templo venerando las cornisas.

ABNER.

¿Cuál será el beneficio incomparable?
La ilustre Josabeth aquí se acerca;
Me voy y me uniré con los que fieles
De este día buscan la solemne pompa

(Continuará.)

EL MIEDO.

DESPUES de comer volvimos á subir al puente. En torno nuestro veíase el Mediterráneo, donde rielaba tranquilamente la luna.

Deslizábase el buque lanzando una serpiente de humo al cielo, tachonado de estrellas.

Silenciosos estábamos á bordo seis ú ocho personas, con la vista fija en Africa, á donde nos dirigiamos.

El Comandante, que fumaba un cigarro, reanudó de pronto la conversacion que habíamos sostenido durante la comida.

—Sí, aquel día tuve miedo—dijo—pues mi barco estuvo seis horas encallado en la roca y azotado por el mar. Por fortuna, á la caída de la tarde, fuimos recogidos por un buque inglés que nos había visto.

Entonces un moceton de rostro atezado y serio aspecto, habló por primera vez y dijo:

—Afirmo usted, mi Capitan, que ha tenido miedo; no lo creo. Se equivoca usted acerca de la palabra y de la sensación que experimentó. El hombre enérgico nunca tiene miedo en un peligro inminente. Está conmovido, agitado, ansioso; pero el miedo es otra cosa.

El Capitan replicó riéndose:

—¿Cáspita! Le respondo á usted que he tenido miedo.

—Permítame usted que me explique. El miedo es algo espantoso, una sensación atroz, un horrible espasmo del pensamiento y del corazón, á cuyo sólo recuerdo siéntense escalofríos de angustia. Pero cuando se es valiente, no se siente esto ante un ataque, ni ante la muerte inevitable, ni ante todas las formas conocidas del peligro. Esto sólo ocurre en ciertas circunstancias anormales, bajo el poder de misteriosas influencias. Yo he tenido miedo en pleno día, hace diez años, y he vuelto á sentirlo en el invierno último, una noche del mes de Diciembre.

Pues bien; hé aquí lo que pasó hace diez años en Africa. Atravesaba yo los grandes méganos al Sur de Uarglá, uno de los más extraños países del mundo. Imagínense ustedes el Océano trocado en arena en medio de un huracán. Sobre aquel mar furioso, mudo y sin movimiento, vierte sus llamas implacables el sol abrasador del Mediodía. Hay que subir por aquel oleaje de cenizas de oro y bajar y volver á subir sin descanso y sin som-

bra. Los caballos resvellan con hipo, se hunden hasta las rodillas y se escurren al bajar.

Ibamos dos amigos, seguidos por ocho *spahis* y cuatro camellos con sus camelleros. No hablábamos una palabra, abrumados por el calor y la fatiga, secos de sed como aquel ardoroso desierto. De pronto uno de aquellos hombres dió un grito de angustia.

No sé dónde, cerca de nosotros, tocaba un tambor, el misterioso tambor de los arenales movedizos.

Los árabes se miraban con espanto, y uno de ellos dijo en su idioma:

— ¡La muerte está sobre nosotros!

Durante dos horas, el intangible tambor no cesaba de aturdirnos los oídos con su monótono ruido.

En aquel momento, mi amigo cayó en tierra, muerto de una insolación.

El miedo se apoderó entonces de todo mi sér, al verme ante aquel cadáver, mientras que el eco desconocido repetía los fatídicos redobles, á doscientas leguas de todo poblado francés.

El Capitan interrumpió al narrador y le dijo:

— Pero ¿qué era aquel tambor?

— Nadie lo sabe. A mi juicio, no se trata más que de una especie de espejismo del sonido.

Y ahora llego á mi segunda emocion.

Era el invierno último, en un bosque del Nordeste de Francia.

Tan obscuro estaba el cielo, que se hizo de noche dos horas antes de lo regular.

Llevaba yo por guía un campesino que iba á mi lado por un sendero de árboles, á los cuales hacía dar alaridos el viento huracanado.

Teníamos que cenar y que acostarnos en casa de un guarda de montes, cuya morada no estaba ya lejos de nosotros.

A veces mi guía levantaba la vista y murmuraba: "¡Qué tiempo tan triste!" Luego me habló de las personas á cuyo domicilio nos dirigíamos. El padre había dado muerte á un cazador furtivo dos años antes, y desde entonces tenía un humor tétrico, como si no cesara de atormentarle el recuerdo de aquel hecho fatal. Con él vivían sus dos hijos, ámbos casados.

De pronto ví una luz y á los pocos instantes mi compañero llamaba á una puerta.

Una voz de hombre preguntó:

— ¿Quién va?

Mi guía se dió á conocer y entramos, presentándose ante mis ojos un cuadro inolvidable.

Un viejo, de cabeza cana y ojos alocados, con la escopeta cargada en la mano, nos aguardaba de pie en la cocina, mientras guardaban las puertas dos fornidos mocetones, armados con hachas. En los oscuros rincones hallábanse dos mujeres arrodilladas, de cara á la pared.

El anciano dejó su arma apoyada contra un banco y dió órdenes para que prepararan mi cuarto. Luego, al ver que las mujeres no se movían, me dijo bruscamente:

— Esta noche hace dos años justos que maté á un hombre. El año pasado vino á llamarme y le espero esta noche.

Y despues añadió, en un tono que me hizo sonreír:

— Por eso estamos intranquilos.

Le tranquilicé como pude, satisfecho de asistir al espectáculo de aquel terror supersticioso.

Junto al hogar dormía un perro viejo, con el hocico metido entre las patas.

Iba yo á despedirme para acostarme, cuando de repente el anciano dió un bote de su asiento y empuñó de nuevo la escopeta, balanceando con voz temblorosa:

— ¡Ahí está! ¡Ahí está! ¡Miradle! . . .

Las dos mujeres volvieron á caer de rodillas y los hijos del guarda cogieron de nuevo sus hachas.

El perro se despertó sobresaltado, levantó la cabeza, alargó el pescuezo y lanzó uno

de esos lúgubres aullidos que hacen temblar á los caminantes.

El guarda, lívido, exclamó:

— ¡Lo huele, lo siente! ¡Estaba ahí cuando yo le maté!

A mi pesar sentí un escalofrío en los hombros á consecuencia del pavor que me infundía aquella vision del animal, en aquel sitio y á aquella hora, en medio de aquellas gentes tan perturbadas por la supersticion.

¡Tuve miedo! Pero ¿miedo de qué? ¡Qué sé yo! Miedo y nada más.

Esperábamos un suceso horrible, con el oído atento y palpitante el corazon.

Y el perro se puso á dar vueltas por el aposento, olfateando las paredes y sin cesar de ladrar.

Entonces el aldeano que me había servido de guía, se arrojó sobre él, y abriendo una puerta que daba á un corralazo echó fuera al animal.

De repente tuvieron todos una especie de sobresalto: un sér se deslizaba contra la pared exterior hacia el bosque; luego pasó contra la puerta, que pareció palpar con mano vacilante; luego no se oyó nada en dos minutos; luego volvió, rozando siempre la pared, y la rascó ligeramente, como lo haría un niño con las uñas. Despues apareció de pronto contra el cristal de un ventanillo una cabeza blanca, con ojos luminosos como los de las fieras.

Entonces estalló en la cocina un estrépito formidable. El anciano había disparado su escopeta.

Y juro á ustedes que al ruido del disparo, que no esperaba, sentí tal angustia, que poco me faltó para morir de miedo.

Allí estuvimos hasta la aurora, sin movernos ni hablar una palabra.

Nadie se atrevió á desentranar la puerta hasta que se vió por una hendidura penetrar un pálido rayo de la luz del día.

Al pie de la pared y contra la puerta yacía el pobre perro, con las quijadas rotas por un balazo.

Al cabo de algunos instantes de silencio, repuso el narrador:

— Sin embargo, aquella noche no corrí riesgo alguno. Pero mejor quisiera que comenzaran de nuevo las horas terribles en que afronté los más espantosos peligros reales, que aquel solo minuto del disparo de la escopeta del guarda contra la barbuda cabeza del ventanillo.

GUY DE MAUPASSANT.

A la reina del Tepeyac.

Estrofas leídas por su autor, en la solemne Velada Literario-Musical con que se conmemoró el día 16 de Octubre de 1897 la Coronacion de Nuestra Señora de Guadalupe.

I

¿Y he de cantarte yo, Reina y Señora?

¿Y he de cantarte ahora,

Falto de inspiracion, de ciencia escaso?

¿Yo, que nunca he podido

Poner el pie, ni aun jóven y atrevido,

En las primeras gradas del Parnaso?

II

Mas ¡ah! ¿qué importa? ¡Virgen Soberana,
Rosa fresca y lozana

Del Paraíso, de la mar Estrella!

¿Qué importa si respira

Mi corazon tu amor, y si me inspira

De tu rostro la luz serena y bella?

III

¿Lo ignoras Tú? Desque nombrarte supe,

Virgen de Guadalupe,

Vivió mi corazon de tus amores;

Tú fuiste mi esperanza

Siempre en la tempestad y en la bonanza,

Tú mi luz, y mis cantos y mis flores.

IV

El corazon robóme tu hermosura,

Virgen excelsa y pura;

Y desde entonces con ardor pregonó

Que dentro el pecho mío,

El cetro dándote de mi albedrío,

¡Te di regia diadema y regio trono!

V

Mas ¿qué tiene que ver esta diadema

Con aquella otra, emblema

De la pasion de un pueblo que te adora;

Y de entusiasmo loco

Cuanto hace ó piensa le parece poco

Para obsequiar á su gentil Señora?

VI

Real diadema para Ti labrada,

¡Oh Madre inmaculada!

Mas que de oro y rica pedrería,

De ardientes corazones

Que han compendiado todos sus blasones

En ser vasallos fieles de María!

VII

¡Dulce encanto del pueblo mexicano,

Que te proclama ufano

La Reina de su amor y pensamientos;

Y, con fé siempre nueva,

Año tras año con fervor renueva

Delante de tu altar sus juramentos.

VIII

De México la gloria y las delicias,

Cuya frente acaricias

Desde el horror de su sangrienta cuna;

Y cual Madre amorosa:

"En mi seno, dijístele, reposa,

Y llora en él tu mísera fortuna"

IX

¡Reina del Tepeyac, Virgen querida!

A quien debe su vida,

Su libertad, las glorias que blasona

Esta patria infelice:

¡Hoy por mis labios ella te bendice!

¡Hoy te ofrece de amor nueva corona!

X

Mexicanos, miradla, ¡es nuestra madre!

Y aunque rabiosa ladre

La envidia y la impiedad, y aunque el Averno

Con todo cuanto encierra

Se levante á movernos cruda guerra,

Nada temais; la Madre del Eterno

XI

Es nuestra Reina, estamos en sus manos,

¡Amadla, mexicanos!

Esa beldad divina, esa hermosura

Reina con cetro de oro

Desde la tierra hasta el celeste coro,

Encantando al Criador y á la criatura.

XII

¡Mexicanos, amadla! En la tormenta,

Que al Orbe ya amedrenta

Y amenaza ponerlo en desconcierto,

Ella, tan sólo Ella

Será en el Tepeyac fúlgida Estrella

Que á su México lleve á dulce puerto.

XIII

¡Amadla, sí, con inmortal cariño?

Como á su madre el niño;

Como el poeta que con loco anhelo

Busca y ama la gloria;

O sacudid, más bien, la humana escoria,

Y amadla aquí con el amor del cielo!

M. D. R., S. J.

UN MARTIR DE AMOR.

El baron Arturo S. . . ., hijo de un rico señor protestante, visitaba en calidad de turista las principales ciudades de Italia. Llegó por casualidad á Liorna el día de Corpus, que se celebraba con pompa en la bella ciudad de Toscana. . . .

Este día, un sol radiante derramaba á oleadas sus rayos; el aire se estremecía con el alegre concierto de las campanas; los palacios y las casas se habían revestido con tan variadas como ricas coladuras; espléndidas

posas se habían colocado de trecho en trecho y las calles tapizadas de una multitud silenciosa y recogida. Al pasar el Santísimo, llevado por el Arzobispo, bajo un baldaquino de oro y seda, escoltado por el clero y por la nobleza de la ciudad, todos los espectadores se arrodillaban.

Sólo el joven baron llevaba la cabeza erguida, en medio de este pueblo inclinado, y reía irónicamente.

—Hé aquí, murmuraba, la superstición de los papistas.

Pero de repente la ironía desaparece; una palidez de muerte cubre su rostro y el joven cae de rodillas; al mismo tiempo un torrente de lágrimas brota de sus ojos.

¿Qué había sucedido?

El mismo nos lo va á referir:

—“Mientras que yo miraba con incredulidad y burla el baldaquino, me pareció que el Santo Niño Jesus arrojaba sobre mí una mirada indecible de dulzura, de tristeza y de reproche; pasó en mí algo indescriptible; caí de rodillas, creí y adoré.”

Era Saul derribado en el camino de Damasco.

Abjuró de sus errores, se convirtió en un ferviente servidor de Jesus y de María y aun entró en la Compañía de Jesus.

Ahí, su amor por el augusto Sacramento del altar fué creciendo, sin cesar; la Eucaristía se había vuelto como el sentir de su existencia y de su corazón.

Le consagraba su pluma y su elocuencia; pasaba horas enteras en la adoración al pie del tabernáculo y ofrecía cada día su vida en sacrificio de reparación, por los ultrajes hechos á Jesus, en el Sacramento de su amor.

LA FLOR DE AZAHAR.

(CASI POEMA)

I

Floreían los verdes naranjales cubiertos por la nieve de las flores, que esparcían perfumes ideales cantando el himeneo y los amores; porque es la flor el alma de la planta, su esencia es similar al pensamiento y nadie sabe si embalsama ó canta. . . .
¿La nota y el perfume que ó encanta no huyen igual disueltos en el viento? Arcano que ninguno sondaría es penetrar la esencia de las cosas. El perfume del alma es la armonía. La fragancia es el canto de las rosas.

II

Elvira la hortelana, joven garrida y de radiantes ojos, escondía la luz de la mañana en los celajes de sus labios rojos. Con el pelo más negro que la endrina y el busto de sirena no era la niña una beldad divina pero era una mujer. . . . y era morena! Son los ángeles. . . . rubias como el oro; y su amor las condujo hasta el Eterno! Las morenas. . . .; no forman ese coro, pues todas al amar van al infierno!

III

Bajo el naranjo que perenne sombra tiende en el huerto y al nacer un día en que de plata sin igual alfombra la flor de azahar, al desprenderse, hacía, Elvira la hortelana se encontró con Martín el jornalero. . . .; Así la luz de Febo, soberana del alba, tropezó con el lucero! Mas; ay! el astro-rey resplandeciente hace huir con sus rayos á la estrella. . . . y Martín, que era un astro muy valiente, en vez de huir, aproximóse á ella y la habló de su amor ardientemente.

IV

Cuando se separaron, trás de darse un abrazo muy estrecho, ámbos á dos llevaron un ramito de azahar prendido al pecho.

V

Ella lo conservó cerca de un año y se tornó su faz descolorida. . . . Se hablaron de traiciones y de engaño y amargaron las dichas de su vida. Marchóse á la ciudad ocultamente por olvidar sus penas y dolores y llevando en su seno tristemente las ya marchitas flores, fué al teatro á escuchar una zarzuela, cayó muerta cual tallo que se hiela, y dando un grito lúgubre y salvaje, desprendióse el azahar y cayó al suelo mientras que el alma taladraba el cielo, y en tanto que la gente se alborota, un doctor de gran nota que mata los enfermos que no aburre, dijo al diagnosticar:—; Es causa ignota! ; Al diablo se le ocurre morir se estando viendo “La Mascota.”

José María de la Torre.

LEYENDAS

Y

Tradiciones queretanas

POR ALTER.

LXXV

EL CONVENTO DE LA MERCED.

Al orden de redención de cautivos se extendió hasta nuestro suelo, siendo el fundador del primer y único convento (1) que ha tenido esta ciudad, el R. P. Fr. Francisco Niz de Santa María.

El año de 1736 hizo este religioso un pequeño y muy pobre hospicio de religiosos con su capilla de envigado, en la calle conocida hoy por “Calle de la Merced vieja.”

En 1801 un bienhechor (2) dispuso que se hiciese un nuevo convento, para lo cual dejó un legado, y no obstante el celo del P. Fr. Joaquin Ramírez nada se hizo por entonces. [3]

En el claustro y frente á la portería estaba el Oratorio de la Santa Escuela de Cristo, fundada á solicitud de Fr. Ignacio Monroy por decreto del Ilmo. Sr. Arzobispo de México Dr. D. Manuel Rubio y Salinas, de fecha 7 de Junio de 1755. (4)

Fr. Joaquin Ramírez fué quien obtuvo patente para la construcción del nuevo templo; pero ninguno de ellos vió siquiera empezarlo.

En 1850, siendo comendador el R. P. Fr. Manuel [5] Iturbe intentó hacer el nuevo templo, pero fué sorprendido por la muerte y su sucesor Fr. Trinidad Castillo fué quien ejecutó el ideal de su antecesor.

No contando con fondos de ninguna especie, preciso era arbitrárselos de alguna manera, lo cual hizo del modo siguiente:

Hacía rifas tomboles, así como juegos de gallos, toros de muchachos, pastorelas, etc., etc., sin arredrarle en lo absoluto el necio

(1) En el nuevo templo ya no hubo convento por prohibirlo así las famosas leyes llamadas de Reforma.

(2) Este legado es probable que desapareció tal vez en la época de la insurrección; pues al hacer el templo, objeto del testador, no existía un sólo céntimo.

(3) “Recasens” en sus noticias del Apéndice á la crónica del P. Pareja y con él el Lic. D. Celestino Díaz en su “Guía del viajero en Querétaro” sufren una equivocación muy notable al decir que el antiguo templo se pasó al nuevo en 1806; pues no fué sino en 1856 cuando se comenzaba el templo nuevo, según noticias adquiridas de viva voz por personas que lo presenciaron.

Los mismos apreciables escritores dicen que el P. Castillo fué el fundador del nuevo templo, razón de más peso para ver que no pudo ser el cambio en 1806, pues muy probable es que entónces el citado padre ni aun haya nacido, según la edad que representaba en 1856.

(4) Este Ilmo. Sr. hizo muchos bienes á los templos de esta ciudad, como consta en la historia hablando de sus visitas pastorales.

(5) Así se llamaba y no Fr. Miguel como dice el Lic. Díaz en su obra citada.

criterio del vulgo. Y riase mi lector si á bien lo tiene, si aun se lo presento en medio de un paseo de títeres con un mono en la mano, invitando á sus nuevos vecinos, lleno de entusiasmo, alentando á la muchedumbre de párvulos con sus anécdotas y chistes, completando el cuadro la música [si así podría llamarse] del barrio.

Esto le ocasionó censuras terribles de los progresistas [?] y del partido de “Los Puros” en su apogeo entónces y agonizante ahora. (6) Pero nuestro Castillo, como todo aquel que alimenta una levantada idea y no descansa hasta no verla realizada, muy lejos de preocuparle el sinnúmero de epítetos con que se le titulaba aun en su presencia, continuó siendo el blanco del necio é ignorante, para que en las generaciones futuras viniese á ser el blanco de las bendiciones de su pueblo. El hermoso templo, fruto de sus abnegaciones y desvelos, corrobora mi aserto.

Tiempo es ya de continuar su historia: Muerto el fundador del nuevo templo, quedó sin concluir la obra, sucediéndole Fr. Simon Acosta, quien en vista de las dificultades que se presentaron, optó por cerrar el cimborrio de envigado y con la ayuda del Pbro. Lic. D. Timoteo Camacho hizo también la sacristía y demás accesorios. Pero la implacable guadaña, indiferente á todo y cumpliendo su consigna, hizo desaparecer al R. Acosta sin ver realizado el proyecto.

Sucedióle Fr. Rafael Guerra, religioso crucífero (7) por falta de padres de la orden, quien por igual causa poco avanzó en la obra.

Por último, Fr. Felipe Martínez, con el incansable celo y ayuda de sus vecinos (8) logró ver terminada la obra, siendo su estreno solemne el 23 de Mayo de 1879, fiesta de la Santísima Trinidad, quedando desde esa fecha abierto al culto público.

Desde la muerte de este religioso ha estado este templo á cargo de religiosos franciscanos por falta de los de la propia orden.

El último comendador fué Fr. Simon Acosta. Este templo posee una imagen muy milagrosa de Nuestra Madre Clementísima (9) de la cual ya me ocupé en otra leyenda.

(6) De ese partido sólo conozco ya á dos miserables ancianos; y pláceme referir que todos los que han muerto se han retractado de sus ideas, muriendo como buenos católicos.

(7) Fué un buen pintor, como lo atestiguan sus pinturas existentes en la Cruz.

(8) Uno de los más celosos cooperadores fué el Sr. D. Macario Hidalgo, que aún vive.

(9) El notario D. Mariano Llanas Puente es socio de los más fervientes y cooperadores para su fiesta anual.

CONTRITO.

Perdon, perdon imploro si acaso descreído Dudé de tu existencia, Señor todo bondad: Perdon al que á tus plantas se acerca arrepentido. Perdon al deliniente, perdon al que atrevido Desprecia tus doctrinas buscando la maldad. Es cierto, soy culpable; pequé, pues soy mundano Y absorto, de rodillas imploro tu perdon, Rogándote me absuelvas, pidiendo que tu mano Me lave de las faltas á que el dolor tirano Me indujo despreciando tu sacra religion. Pequé, sí, no lo niego; por eso me arrepiento Y humilde me prosterno ante tu santo altar. Escucha de mi pecho el lastimero acento, Aplaca ya tu ira, que cese mi tormento, Que ofrezco ante tu imagen mis faltas enmendar.

José Fernando Torroellas.

PENAS HUMANAS.

Ciertamente la vida es triste llena siempre de inquietudes, desengaños y dolores, pero en cambio es corta; tengamos un poco de paciencia. Sin terminar la sementera, quisiéramos tener ya en las trojes la cosecha; mas no es así lo ordenado por Dios.

Hace falta que las lluvias y los hielos del invierno pasen sobre el grano, embrion de la planta; que á ésta la combatan los calores y tormentas del verano: despues vendrá el día de siega, día de paz y regocijo, de esperanzas realizadas, día de alegría y descanso

eterno. Job contaba por poca cosa sus ciento cuarenta años de miserias; y nosotros, que puede decirse en comparacion, que estamos en la cuna, nos quejamos de la duracion y fueza de la prueba: supongámosla más larga y más dura todavía; ¿qué será comparada con la recompensa?

Todo consiste en perseverar y sufrir con humildad, puesto que Dios da su gracia á los humildes; y con esta seguridad seamos pacientes y fieles hoy, que el cielo es el premio para mañana.

LUCHAS.

Basta ya de pasiones contenidas!
Deja ¡oh cabeza! al corazón su imperio,
Que la sangre que manan mis heridas
No puede restañar ningún cauterio!

Destruir el cariño que alimento
En vano intentas con tenaz acecho:
Nunca puede la mar—el pensamiento—
Destruir las lavas de volcan:—el pecho!

De mi pecho acallar quiero el latido
Que me impele á entregarme á tus caricias,
Y un fantasma de lúgubre gemido
Se levanta brindándome delicias.

Decepcionado á veces de mí mismo,
Maldigo de tu sino el fiero estigma;
Y queriendo borrar el atavismo,
Te pierdes en las sendas del enigma.

Quiero entonces hablarte cual ansío:
Privada de apotegmas y veneno;
Y surges á mi vista como un río:
Tersas las ondas y en el fondo cieno.

Nació mi amor con la rosada aurora
Que abriga una alma de dolor desnuda,
Y halló en su cumbre ideal y soñadora
Ese fantasma sin color: la duda!

LECCION PROVECHOSA.

ENRIQUE Harenel y su esposa María están sentados á la mesa comedor de su casa, en compañía de sus dos hijos: Juanito, de ocho años de edad, y Luisa, de seis.

Los dos esposos han tenido una disputa durante el almuerzo.

Suspendidas las hostilidades mientras el criado levantaba los manteles, reanudáronse apenas se hubo retirado el testigo, ante el cual guardan silencio.

—¿Conque es cosa resuelta? dijo Enrique en tono brusco.

—Sí, contestó María, completamente resuelta.

—Segun eso, vas esta noche al baile.

—¡Vaya si iré! ¡Son tan pocas mis diversiones!

—¿Y si yo te prohibiera que fueses?

—Te diría que eres un tirano y que estoy harta de la vida que me estás dando.

—Yo también lo estoy; pero por fortuna tengo á mano el remedio.

—¡Ya entiendo!... Y tienes razon, porque no nos es posible vivir juntos.

—Veo que tampoco has dejado de pensar en el divorcio. Pues bien; divorciémonos en seguida, si te parece.

—Sí, señor, divorciémonos; vale más que acabemos de una vez.

—Ahora mismo voy á casa de mi abogado.

Enrique y María se levantan de pronto.

—Y yo á la casa del mio—contesta la mujer.

Los dos salen del comedor, uno por la derecha y otro por la izquierda, haciendo crujir las puertas.

Juanito y Luisa se han quedado solos; la violencia de la escena que acababan de presenciar les ha puesto de muy mal humor. Guardan silencio durante algunos instantes y al fin Juanito se decide á hablar, pero en voz baja.

—¿Has visto, Luisa, qué incomodado está papá?

—¡Ya lo creo! Mamá también está fuera de sí;

—Y lo peor es que se han olvidado de nosotros y no nos han dado postres

—Yo no me he atrevido á pedirlos, por miedo á un coscorron.

—Lo mejor será que nos pongamos á jugar.

—Bueno; pero ¿á qué?

—Harremos un carruaje con dos sillas y te llevaré á dar un paseo. Tú serás la princesa y yo el cochero.

—No, Juanito, eso no me divierte. Tú serás mi marido y yo tu mujer.

—Ya hemos jugado á eso esta mañana. Pensemos otra cosa.

—¿Qué?

—Se me ocurre una idea.

—¿Algún juego nuevo?

—Sí, el juego del divorcio, como papá y mamá.

—¿Y qué hay que hacer?

—Armaremos una disputa y nos insultaremos.

—Bueno; pero no vale pegar.

—Eso no; papá y mamá no se han pegado nunca.

Los dos niños se sientan á la mesa en los mismos sitios que habían ocupado Enrique y María.

—¿Conque estás decidida á ir á ese baile?—dice Juanito con acento de indignacion.

—Sí señor. Quiero bailar mucho esta noche.

—Te lo prohibo.

—¡Eres un tirano!

—¡Y tú una loca! ¡No puedo más!

¡Pero por fortuna dispongo de un medio para que todo esto concluya! Nos divorciaremos inmediatamente.

Luisa, bajándose de su silla:

—Ahora mismo voy á casa de mi abogado.

—Y yo á casa del mio.

—¿Se ha concluido ya el juego?

—No; ahora viene lo más divertido.

Hay que hacer lo que se hace cuando un matrimonio se divorcia.

—¿Y qué es eso?

—Es preciso partir por igual todo lo que tenemos.

—¿Me darás tu peonza?

—Sí, y yo me quedaré con tu abanico.

—Tu traje de soldado será para mí. Me vestiré de cantinera.

—Te advierto que yo me llevaré tu muñeca.

—¡Eso no!

—Ya que nos divorciamos es tan tuya como mía.

—Pues yo no te doy mi muñeca.

—Pero ¿por qué?

—Porque es mi hija y yo soy su madre.

—Yo sabré defenderla mejor que tú porque soy su padre. Ya viste que el otro día cuando el perro quiso morderla....

—Sí; ya sé que la salvaste y que te debe la vida. Pero yo la visto por la mañana y la acuesto por la noche. La pobrecilla no dormiría si no la tuviera siempre á mi lado.

—Yo, en cambio, ganaré dinero para comprarle muchos trajes.

—Soy su madre....

—No importa; ya que nos divorciamos, hay que partirlo todo.

Luisita corre en busca de su muñeca; y estrechándola contra su pecho, exclama:

—No, Juanito no te la llevarás.

—¿No? Pues me apoderaré de ella á la fuerza

—No, no... no la suelto aunque me pegues.

Juanito se dirige hacia su hermana y trata de arrebatársela á toda costa á la muñeca; pero Luisa se resiste y se pone á gritar como una desesperada.

Dos puertas se abren en aquel momento y se presentan en el comedor Enrique y María.

—¿Qué es eso, hijos míos?—pregunta la madre—¿Os habeis hecho daño?

—¿Por qué lloras, Luisa?—pregunta á su vez Enrique.

Y la niña contesta con la voz entrecortada por los sollozos:

—Juanito quería quedarse con mi muñeca.

—Estaba en mi derecho—replica el muchacho.—Nos habíamos divorciado y era preciso hacer las particiones. ¿No es verdad, papá, que cuando uno se divorcia se reparte todo entre marido y mujer?

—Pero no las muñecas—responde la niña—porque las muñecas son de la madre.

—También son del padre, y cuando hay dos muñecos, el padre coge uno y la madre otro.

Luisa, llorando á lágrima viva:

—¡Yo no quiero divorciarme! ¡Basta ya de divorcio y juguemos á otra cosa! ¡Eso perjudica demasiado á las muñecas!

Enrique y María se han mirado y se han comprendido.

El padre estrecha contra su pecho á los dos niños y la madre se

inclina hacia ellos y los cubre de besos.

María estrecha luego la mano que le tiende su esposo, á quien dice al oído:

—No me gusta tampoco el juego del divorcio.

Enrique, indicando con la mirada á Luisa y á Juanito:

—Soy del mismo parecer. ¡El divorcio perjudicaría demasiado á los muñecos!

ALBERTO LADROCAT.

LA PAZ.

(PHILEMON.)

De los bellos presentes
con que Dios al mortal dotó benigno
cuál es mayor, más digno,
indagaron los sabios, los prudentes.
Quiénes, ó gloria ó bienestar nombraron,
quiénes ciencia dijeron:

muchos la vida en el afán gastaron,
todos el tiempo en la labor perdieron.

Yo, que en mi campo ameno
ora las capas nuevo del terreno.
ora derramo las simientes de oro,
la verdad descubrí, rico tesoro,

El don por excelencia
de cuantos otorgó la paz Providencia,
es el don de la paz, la hermosa.

¿Quién hay que no bendiga
el blando influjo de la inerme Diosa?

Ella, ella nos escancia
el jugo de la vida; ella prodiga
la salud, el contento, la abundancia,
y tierna prole y juventud amiga.

Si estos frutos opimos
que dispensa la paz, robó la suerte,
aquello miserable que vivimos
vida se llama, y en verdad que es muerte.

M. A. Caro.

LAS FLORES REBELDES.

CUENTO.

I

HACE de esto muchos siglos. Las flores que vivían solitarias y tristes en cierto bosque, empezaron á quejarse de su soledad y de su mala suerte.

—Pues, señor, decían, ¿de qué nos sirve ser bellas, suaves, frescas, perfumadas, si hemos de vivir en el fondo de un bosque y hemos de dar nuestros más dulces perfumes al que no sabe qué hacer de ellos? ¡Ah! ¡Qué felicidad sería para nosotras, si fuéramos flores de los jardines! El cultivo las embellece, se las admira y festeja, y su vida es continuo triunfo.

Ya es insoportable este destierro en que vivimos y debemos pedir á Aquel que nos ha creado, nos saque de aquí, nos lleve á los jardines.

—¿Y queréis, hijas mías, abandonar este tranquilo y seguro retiro para ir á vivir en medio del mundo? preguntó una flor no poco ajada ya, y que tenía alguna experiencia de él, creedme, Dios hace bien todo lo que hace, y, si nos ha puesto aquí, es porque aquí estamos mejor que en otra parte. ¿Dónde está la felicidad si no está aquí á la sombra de estos bellos

árboles, cuyo verde y espeso follaje nos protege del aire del Norte y de los ardores del estío, que no se entreabre sobre nosotras más que para dejarnos ver el cielo? Hijas mías, el mundo está lleno de peligros para las pobres flores! Dichosas las que, como nosotras, viven aquí donde no ha podido penetrar el mal.

Siguió á este discurso un ligero rumor, producido por los comentarios que hacían las flores.

—Pues, señor, creía yo que nunca iba á acabar su sermón esa vieja, dijo con acritud una de las flores más levantiscas.

—Hija, decía otra, cuando se teme el peligro es señal de conocerlo y apostarí algo, si lo tuviera, á que esa anciana ha estado alguna vez en los jardines y habrá tenido acaso en ellos una vida borrascosa.

—Vaya, vaya! murmuró otra, no hablemos de viejas; todas son cortadas por el mismo patrón, tan regañonas, tan fastidiosas.

Y, como sucede siempre, las florecillas más inexpertas, las que debían haber callado, eran las que hablaban más gordo y más alto.

A todo esto, ya había llegado la noche y con ella el sueño, su compañero. Una y otro habían extendido sus alas sobre la naturaleza. Las flores inclinaban ya sus cálices y empezaban á dormir; algunas había que dormían ya.

Pero velaba en ellas el deseo, y éste salía del fondo de sus corazoncitos desolados unido á los más dulces y suaves perfumes.

Dios oyó las súplicas de las flores de los bosques y queriendo complacerlas dijo:

—«Que sea como ellas quieren.»

En un instante las flores, que habían lamentado su triste suerte, fueron trasplantadas, como por milagro, á un magnífico jardín, y cuando por la mañana se despertaron y agitaron sus hojas llenas de perlas de rocío, vieron que se habían cumplido sus deseos.

II

—¡Oh! qué hermoso es esto! qué bien se está aquí, exclamaron cuando habían vuelto de su asombro.

Aquí da gusto ser hermosa, porque aquí se verá, se admirará, se amará nuestra hermosura.

Las muy locas no conocían que no se ama todo lo que se admira.

Todas se levantaban orgullosas, y procuraban igualar á sus tímidas rivales en gallardía y gentileza. Para colmo de males, no podían hablar unas con otras; porque se las había separado; las hermanas estaban léjos de las hermanas; la familia estaba dispersa. Dios las había hecho florecillas del campo y florecillas eran, por más que creyeran otra cosa.

En aquel jardín no se trataba de que fueran dichosas, sino de ser boni-

tas y de servir de preciado adorno en él.

Aunque tristes, conservaban la idea de que pronto vendrían á verlas y las hallarían preciosas y se lo dirían, y esta felicidad valía más para ellas que la vida oscura y sin familia.

Ya estaban deseando que alguno viniera á verlas; ya se preparaban á recibirle; ya se gozaban en el asombro que experimentaría quien las viera tan bellas, tan galanas, tan coquetas.

Pero ¡oh sorpresa! no llamaban la atención de nadie nadie; reparaba en ellas, y si no hubieran estado en lugar seguro, la gente las habría pisado con la mayor indiferencia. Las rosas de suave perfume, las dalias que ocultaban bajo su ropaje su orgullosa nulidad y todas las demás flores que no tienen otro encanto que su color y su forma, eran las únicas admiradas y encarecidas por la gente como reinas del magnífico jardín.

Ellas están allí en su casa, recibiendo los homenajes de la concurrencia, indiferentes, orgullosas, como que ya están acostumbradas á ellos.

¡Cuánto lloraron por los bres florecillas de los bosques! ¡Cómo echaron de ménos la sombra que las cobijara, y el musgo, y el silencio y el reposo! Pues, ¿y cuando vino el jardinero con su azada en mano? Todas temblaron llenitas de miedo y hubieran querido poder esconderse debajo de tierra.

—Ah! huyamos de esta tierra inhospitalaria, dijeron las más sinceras, y volvámonos á nuestro país.

Pero ¿cómo ponernos en camino sin tener la costumbre de andar? Otra vez volvieron á dirigir á Dios su plegaria (¡la plegaria del naufragio!) y esperaron el milagro que las había de sacar de este maldito lugar. Pero el milagro no llegaba, porque los ángeles no están siempre dispuestos á servir á los habitantes de la tierra, cuando éstos abusan de sus bondades.

Desde entónces hay florecillas silvestres en los jardines, y como si la maldición del Cielo pesara sobre su raza, jamás las pobrecillas han podido crecer ni ser más hermosas; son y serán siempre lo que eran cuando abandonaron el bosque.—Dios lo dispuso así para castigar su vanidad y ambición.

M. M.

INTIMA.

Si tú eres perla y en el santuario
Tranquila duermes del ancho mar,
Yo seré buzo que temerario
Bajo las olas te irá á buscar.

Si tú eres muro de tosca piedra
Sin más adorno que mustia flor,
Yo seré espeso manto de hiedra
Para estrecharte con loco amor.

Doquiera vayas, doquiera alientes,
Siempre á tu paso me has de encontrar,
Pues tú y yo somos como dos fuentes
Que ciegas corren al mismo mar.

Carlos Rollo.

UNA DOBLE VICTORIA.

EN época muy reciente, un miembro de la Adoracion nocturna se dirigió, en la tarde del Juéves Santo, á la Iglesia de San Estéban del Monte, donde debía pasar la noche, cuando encontró uno de sus amigos que había abandonado todo ejercicio religioso, y que no entraba á la iglesia desde hacía muchos años, porque alimentaba un sentimiento de aborrecimiento, y acechaba una ocasion para vengarse de una injuria recibida.

—Tú debías venir conmigo, le dijo el adorador.

—Y ¿adónde vas tú?

—Yo voy á San Estéban del Monte, á hacer una hora de oracion.

—¡Oh! tú sabes que yo no voy á la iglesia.

—Y ¿por qué?

—No, no me hables más de eso.

Y se alejó de su amigo como si tuviera miedo.

—¡Cómo! ¿tú no ven irás á hacer tu visita á la iglesia ahora, Juéves Santo? Pero tú ¿ya no eres cristiano?

—Yo no quiero ir contigo, porque tú me hablarás todavía de confesion, y yo te digo que no puedo ni quiero perdonar. Déjame tranquilo.

—Yo te prometo no hablarte ni de confesion ni de confesor; pero, mi valiente amigo, ahora haz por lo ménos este acto cristiano, hazlo por darme gusto. Ven.

Y allí le tomó del brazo y le llevó á la iglesia, dió la palabra al jefe de seccion que le colocara en la primera hora.

—Ven, le dijo, tú vas á hacer conmigo la primera hora de adoracion. M. X. . . se puso en su reclinatorio. Al principio está como alguno que no se posee, se voltea y vuelve á voltearse, mira por todas partes; después la calma le vuelve; saca su pañuelo, limpia dos gruesas lágrimas, y, despues de un cnarto de hora, se levantó precipitadamente y vino á su amigo.

—¡Ya no puedo más! dijo, siento algo que me comprime, me tira, me atrae; quiero confesarme inmediatamente.

Su amigo le miró, alarmado, sorprendido, vacilante.

—Pero ¿es esto sério, le dijo, es de veras?

—¡Sí! si; cuando me encontré frente al Santísimo Sacramento, me ha parecido que algo me decía: «Perdona y ven á mí, yo te perdonaré.» Despues mil sentimientos, mil pensamientos se entrecruzaban en mí; es necesario que me confiese.

Llorando de alegría, su amigo le condujo á un sacerdote que estaba allí. Se confesó; volvió como el más humilde y el más piadoso penitente al pié del altar.

El día siguiente va á reconciliar-

se con su enemigo, pasa estos dos días en preparacion, y el día de Pascuas comulgaba al lado de su amigo.

DUDA.

En el hermoso cielo de tus ojos una sombra vislumbro que envenena el alma mía, que acertar no sabe lo que se esconde trás su nube espesa. ¿Quizás es que la noche de tu mente con sus negruras á mi mente acecha? Es acaso que el sol de tu alma pura al alma mía con sus rayos ciega? . . .

Jesusa de Granda.

SOLEDAD.

Amo la soledad porque á su sombra soñar puedo recuerdos y esperanzas; porque en ella se olvida el alma mía del triste erial de la miseria humana y en ella el corazon y la conciencia libremente se nutren y dilatan. Amo la soledad porque tu imágen llena mi vida y aprisiona mi alma.

Jesusa de Granda.

LA MEJOR ARMA.

Iban por un camino dos pobrecitas religiosas que recorrían los pueblos pidiendo limosna, cuando acertaron á encontrarse con unos arrieros, gente decidora y burlona.

—¿A dónde vais tan solas, hermanitas? dijo uno, ¿No veis que pueden salir ladrones y robaros?

Una de las religiosas, que comprendió por el tono zumbon que los arrieros querían burlarse, le contestó:

—No tememos á esa gente, porque llevo aquí un revólver que jamás yerra el tiro, y con él nos libramos.

—¿De veras? replicó otro.

—Pues enséñenos su mercé esa prodigiosa arma.

—Mírela Vd., dijo vivamente la monjita, secando un gran crucifijo.

Los arrieros se miraron unos á otros sin saber qué contestar.

No hay mejor arma que el crucifijo.

RIMAS.

¿Quién pondrá alguna flor cuando yo muera
En mi sepulcro, me preguntas, niña?

¡Que! ¿no has visto á la alegre Primavera
Inundando de flores la campiña?

¿Quién va á llorar en mi sepulcro frío.
Tambien quieres saber?

¿Qué más llanto que el húmedo rocío
Que hace á las plantas bellas florecer?

¿Quién mantendra la lámpara encendida,
En mi sepulcro, dices?

¡Qué más luz que Diana suspendida
En el azul, mansion de los felices?

¿Quién su plegaria al Dios Omnipotente
Por el bien de mi alma elevará?

“Cuando se oculte el sol en Occidente”
El toque de oracion te lo dirá.

A. M. Arévalo.

GLORIA Á MARIA.

En la noche tranquila y clara
Los blandos ecos se respondían
Unos á otros con rumor vago,
Diciendo acordes: ¡Gloria á María!

Llena de olores la brisa errante
Tendió sus alas por la campiña,
Meció las frondas y ellas cantaron:
¡Gloria á María!

Abrió la rosa su tierno broche,
Su talle alzaron nardos y lilas,
Y en su lenguaje de puro incienso
Todas dijeron: ¡Gloria á María!
Miré á los cielos por religioso

Pasmo mi alma sobrecogida,
Y allí ví escrito con letras de oro:
¡Gloria á María!

Aurora Lista.

VOLNEY Y EL ROSARIO.

El escéptico escritor Volney se había embarcado: de repente se levanta una terrible tempestad. Olvidando él mismo las doctrinas que enseñaba, toma el rosario de una mujer que rezaba á su lado, se arrodilla y ora con un fervor que admiró.

Cuando hubo pasado el peligro, uno de sus amigos no pudo contenerse y le dijo:

—¡Vos tambien orabais como puede hacerlo la mujer más cobarde!

—Amigo mío, contestó Volney, destruyendo él mismo su desolador sistema de ateísmo: puede uno ser incrédulo y ateo en su gabinete; pero cuando uno se encuentra entre el trueno que retumba y el abismo de las aguas que muje bajo los piés, se ve uno obligado á creer.

SONETO.

El corazon es péndulo que advierte
golpe tras golpe en una misma herida,
cuán cercana á la muerte anda la vida,
cuán pegada á la vida va la muerte.

Las empuja el dolor hasta la inerte
tumba que en nuestra senda está escondida
á tan serena sombra, que convida
á redimir muriendo nuestra suerte. . . .

Mas el dolor no mata en un instante
como la daga; y fiero le asemeja,
porque se clava con seguro tino;

y así en el seno el péndulo oscilante
golpe tras golpe advierte al que se queja,
que va la vida andando su camino.

Antonio Ros de Olano.

—¡Dios mío!— exclama Gedeon enjugándose el rostro—¡sudo como un animal!

—No te alarmes—le contesta un amigo—tú no puedes sudar de otro modo.

“LA LEY.”

En las telas de una araña
Un insecto se enredó,
Y entre ellas preso quedó
Falto de fuerza y de maña.

Mil esfuerzos pretendió
Por romper sus ataduras,
Y al cabo, trás ansias duras,
El insecto sucumbió.

Un cuervo que lo observó,
Haciendo de fuerza gala,
Tozó apénas con el ala
Y todo lo destruyó.

Así es la ley: ¿No es verdad!
O flexible, ó muy severa:
Para el débil, ¡cárcel fiera!
Para el fuerte, ¡libertad!

Mérida.

José Castillo Peraza.

ALBORADA.

Desciende la hostia blanca. Como viento,
Rugiendo en el boscage, se oye abajo
El prelude del himno del trabajo
Y la estrofa inmortal del movimiento.

Desarticula el roble corpulento
El rudo leñador á cada tajo,
Y se espereza el hemisferio, bajo
La sábana tisú del firmamento.

La sombra abdica. Aurora ruberosa
Besa á Oriente en el párpado de rosa
Y la pupila de oro se dilata. . . .

Un diluvió de luz baña la tierra.
Mientras la otra pupila—la de plata—
Dormita entre las crestas de la sierra.